

Hacerse jóvenes andando en la calle

Sociabilidades y violencias en espacios liminales de Villa El Nailon, Córdoba*

Becoming youngs wondering around in the street. Sociabilities and violence in liminal spaces of Villa El Nailon, Córdoba.

RECIBIDO: 14/12/17
ACEPTADO: 26/3/18

María Elena Previtali

Universidad Nacional de Córdoba

Resumen

El presente artículo analiza etnográficamente las vidas de jóvenes que habitan en una villa de la ciudad de Córdoba, signada como tantas otras a procesos de exclusión y ostigamiento institucional. Pretende mostrar cómo estos jóvenes experimentan las *andadas en la calle* y las violencias que en ellas protagonizan, describiendo no sólo qué hacen las violencias con ellos, sino también qué hacen ellos con las violencias. A partir de un trabajo de campo etnográfico de siete años he documentado los procesos de socialización y de sociabilidad que se forjan dentro de una compleja red de relaciones altamente endogámica, donde las lógicas del honor, la reputación y los prestigios (familiares y personales) rigen gran parte de las mismas.

El trabajo sobre ciertas trayectorias particulares, Tali y Maco, me permite dar cuenta de procesos de construcción identitarios que muestran ambigüedades y tensiones irresolubles. Aquellas que definen la misma condición de liminalidad con la que estos jóvenes transitan su paso desde la niñez a la adultez. Esta liminalidad se configura en tanto estos chicos y chicas comienzan a experimentar prácticas de sociabilidad en los distintos “entres” que se construyen tanto espacial como simbólica y moralmente. Así, en las disyuntivas de ser *un chico que anda en la calle* o *un chico de su casa* se juegan no sólo capitales y prestigios personales, sino también familiares y parentales. Y es allí donde niños y jóvenes negocian con adultos, otros jóvenes y agentes del Estado cómo significarán y desarrollarán estas disyuntivas, mostrando que muchas veces éstas se combinan de formas ambiguas y no dicotómicas, y se construyen así identidades que apelan o que se ven atravesadas por diversas formas de violencias. Se construyen así identidades situaciones, lábiles y abiertas a las dinámicas de relaciones sociales que devienen siempre en la bisagra, bisagra que a veces se dirime entre la vida y la muerte.

Abstract

This article analyzes ethnographically the lives of young people who live in a villa in the city of Córdoba, signed like so many others to processes of exclusion and institutional persecution. It aims to show how these youngsters experience the *strolls on the streets* and the violence that they are involved in, describing not only what violence does to them, but also what they do with violence. From a seven-year ethnographic fieldwork I have documented the processes of socialization and sociability that are forged within a complex network of relationships highly endogamic, where the logics of honor, reputation and prestige (family and personal) govern much of them.

Working on certain particular trajectories, Tali and Maco, allows me to account the identity construction processes that show ambiguities and irresolvable tensions. Those that define the same condition of liminality with which these young people pass their passage from childhood to adulthood. This liminality is configured as these boys and girls begin to experience social practices in the different “betweens” that are built both spatially and symbolically and morally. Thus, in the dilemmas of being a *boy who strolls in the street* or a *boy of his house* they play not only capitals and personal prestige, but also family and parental. And it is there where children and young boys negotiate with adults, other young boys and agents of the State how these disjuncts will mean and develop, showing that many times these combine in ambiguous and non-dichotomous ways, and identities are thus constructed that appeal or that are crossed by different forms of violence. Situations identities are thus constructed, labile and open to the dynamics of social relations that always become the hinge, hinge that sometimes is between life and death.

* El presente artículo constituye una reelaboración del capítulo 2 de la tesis de doctorado presentada por la autora y defendida en marzo de 2015, titulada: “Entre bailes, fútbol y evangelios. Una etnografía sobre sociabilidades y violencias en jóvenes de la ciudad de Córdoba.” El trabajo de campo para dicha tesis fue realizado entre los años 2005 y 2012 y constó de observaciones participantes de diversas situaciones y eventos de la vida social, familiar y grupal de los jóvenes de la villa, así como de entrevistas y charlas informales con éstos y con diversos integrantes de la comunidad.

Introducción

Luego de un partido de fútbol entre el equipo de la villa y el de Hipólito, algunos espectadores seguían disfrutando de la tarde, de los encuentros, de las miradas. Estaban los que acababan de jugar al fútbol, descansando del partido sentados sobre el cordón de la vereda, y estaban los que sólo habían ido *a ambientar*, pero que no estaban dispuestos a ensuciar su ropa y arruinar su aspecto en la tierra de la cancha.

Comentando con Lara y Betiana sobre quiénes andaban circulando por allí esa tarde observo dos grupos de chicos de unos seis integrantes cada uno. Sus vestimentas consistían en buzos de algodón o polar, algunos de color llamativo; pantalones de gabardina o jean, algunos con bolsillos a los costados. La ropa lucía como nueva o muy limpia. Ambos grupos avanzan al encuentro de los otros sobre la calle de asfalto para luego intercambian gestos y movimientos que daban cuenta de que se conocían previamente. Uno de ellos escupe a un chico del otro grupo. Luego se empujan y uno tira un objeto que tenía en la mano. Tanto unos como otros se reían de la situación, que al parecer estaban disfrutando. Mientras tanto, Lara y Betiana, que pretendían disimular la ropa sucia de haber estado limpiando la casa de Lara, reconocían que entre estos *chicos de Hipólito*¹ estaban aquellos que les gustaban, y bajando el tono de la voz también agregan que esos chicos *son choros*. *Ser choro* puede ser presentado y reconocido como algo a sancionar moralmente, al mismo tiempo en que puede constituirse en el rasgo más atractivo de un posible candidato amoroso. En estos encuentros entre chicos, entre chicos y chicas, entre adultos y jóvenes, entre niños y jóvenes, se van definiendo las tramas relaciones en las que chicos y chicas de Villa El Nailon pueden forjar sus construcciones identitarias. Dichas relaciones van construyendo sentidos diferenciales sobre quiénes son y cómo son los jóvenes de la comunidad. En ese devenir jóvenes tienen un lugar particular las violencias que atraviesan sus vidas.

* * *

A partir del trabajo de campo en Villa El Nailon he documentado cómo "los jóvenes"² son construidos a partir de experiencias de indefiniciones, riesgos, liminaridades, dilemas morales, que éstos comenzarían a transitar, a *andar* en el proceso de hacerse "jóvenes de una villa". Las legitimidades e ilegitimidades construidas en torno a las violencias que pueden vivenciar y producir en las *andadas en la calle* no se construyen de modos estáticos, coherentes, de una vez y para siempre. Las prácticas y

¹ Hipólito Yrigoyen es un barrio de la ciudad de Córdoba ubicado al noroeste de la misma y colinda con Villa El Nailon y Marqués de Sobremonte.

² Las comillas simples serán usadas para relativizar o resaltar expresiones, mientras que las comillas dobles serán usadas para citas y nociones de autores, y las cursivas para las expresiones nativas de mis interlocutores en el campo. Los nombres de los mismos han sido modificados a los fines preservar la intimidad de éstos. Se utilizará sólo el masculino en la pluralización de "joven" y "niño" para facilitar la lectura, pero en ello se están contemplando los múltiples modos de ser joven genéricamente, lo que incluso puede exceder el binomio masculino/femenino.

significaciones sobre éstas van variando en las diversas situaciones y contextos, haciendo de las mismas proceso dinámicos y complejos, como las relaciones sociales de las que son producto. Del mismo modo, las identidades que los jóvenes construyen a partir de éstas también se observan ambiguas, siempre en un *entre*, variables, dinámicas, nunca acabadas (Hall, 2003).

En esta línea, el presente artículo buscará mostrar cómo los modos de *andar en la calle*, de transitar entre mundos morales aparentemente dicotómicos, de asumir y hacer cuerpo ciertas interpelaciones a las que son llamados en tanto “jóvenes”, o bien de contestarlas, es que éstos devienen tales de ese modo: “andando sus identidades”.

A través de la comprensión etnográfica de los modos de circulación de los jóvenes por los distintos espacios que habitan, los enfrentamientos que protagonizan en éstos con otros jóvenes, así como los sentidos que éstos adquieren al interior de sus grupos familiares y en sus barrios, analizo los sentidos referidos a las prácticas violentas que desarrollan en sus intercambios en *la calle*³.

La trayectoria de Tali, así como la de su hermano Maco⁴ me servirán para mostrar justamente ese permanente *entre* en el que se mueven los jóvenes. La temprana apropiación de Tali de *la calle* y luego su continuo afán por mostrarse alejado de ésta, en combinación con la presentación de sí ligada al conocimiento profundo y valorado de los códigos de *la calle*, lo colocan en la posición bisagra que aquí me interesa analizar. La vida de Maco zigzagueante entre tiros y carros, y una masculinidad legitimada comunitariamente lo muestran en una permanente tensión propia de una liminalidad construidas desde violencias estructurales, así como de profundos sufrimientos subjetivos que decantan en violencias familiares. Las experiencias y significaciones que Tali y Maco fueron construyendo a lo largo de sus vidas respecto a *la calle*, lo que en ella se ganan, aprenden, así como lo que se pone en riesgo y perjudica, me permitirán mostrar cómo se construyen identidades juveniles en una villa de Córdoba, donde las incertidumbres y liminaridades emergen de particularidades locales, pero siempre en relación a transformaciones y condiciones macro-sociales.

La comprensión de estas dimensiones de las sociabilidades juveniles⁵ debe realizarse a la luz de las relaciones que chicos y chicas entablan con distintos actores en juego. Las familias, adultos, niños/as, miembros de las escuelas, gestores políticos, etc. forman parte ineludible de los escenarios en los que jóvenes de una villa despliegan prácticas y sentidos en torno a *la calle* como espacio central en sus vidas. De este modo, las vicisitudes, significaciones, dinámicas y conflictos, que la familia de Tali atravesó

³ He realizado observaciones participantes en actividades que realizan los chicos y chicas de villa El Nailon y que implican trasladarse hacia barrios aledaños o bien reunirse en la villa, he ido a los bailes de cuarteto que se realizan en la zona, y hemos ido a visitar a los cantantes que viven cerca de sus barrios.

⁴ Si bien no realizo aquí un trabajo sobre trayectorias en tanto reconstrucción profunda y 'acabada' sobre de vida de alguien, sí me apoyo en el trabajo de Auyero (2004) para entender que los trayectos (discontinuos, dinámicos, incompletos) sólo se comprenden sobre el entendimiento de una trama social más amplia, de una red de relaciones estructurales que las sostiene y les da sentido.

⁵ Tomo la noción de sociabilidad que desarrollara Simmel (2003) y que es luego ampliada por otros autores (Dubet y Martuccelli, 1998; Míguez, 2008; Chaves, 2010) para trabajar sobre los modos de estar con otros que desarrollan los jóvenes, construyendo reglas y sentidos sobre ese “estar juntos” en el que su finalidad principal no es otra que compartir ese tiempo y espacio y en donde priorizan los sentimientos, emociones y deseos por sobre la respuesta a conductas estandarizadas y esperadas desde parámetros tradicionales.

durante la etapa en que éste comenzaba a erigirse como "joven"⁶ me permiten ilustrar con profundidad etnográfica cómo se puedan configurar las dinámicas comunitarias, familiares, institucionales, para que chicos y chicas de una villa de Córdoba diriman sus trayectorias en tanto "jóvenes", y cómo las violencias que emergen y se construyen como tales en *la calle* son claves para comprender dicho proceso. Estas identidades lábiles, múltiples, fluidas, se constituyen por procesos de oposicionamiento y diferenciación con "otros" (Hall, 2003). Procesos que para los jóvenes de la villa se traduce muchas veces en rivalidades que se (re)producen (a veces porque se "heredan"), y resignifican con grupos de jóvenes de otros barrios, así como con grupos al interior de la villa.

Los desarrollos de Hall me permiten dar lugar al análisis de identidades que no son posiciones fijas en una estructura, sino relativas a los contextos históricos y situaciones, así como "volátiles y subsumidas a la voluntad del individuo" (Restrepo, 2004: 58). En esta no linealidad en las construcciones de adscripciones identitarias, los jóvenes pueden no sólo convivir con múltiples identidades (Restrepo, 2004; Sen, 2007), sino que éstas pueden yuxtaponer antagonismos y aparentes contradicciones.

En este sentido, analizo las relaciones que jóvenes de Villa El Nailon forjan con jóvenes *del Pueblito* (en *el Marqués*)⁷. Estas prácticas pueden no formar parte de acciones delictivas, y son más bien experimentadas como actividades legítimas para construir identidades valoradas en sus relaciones sociales. Así veremos cómo estos enfrentamientos otorgan la posibilidad del encuentro con un Otro que hace emerger aquello que de semejante construyen en esa relación (Restrepo, 2004).

Distintos autores en nuestro contexto han analizado estos intercambios entre jóvenes de sectores populares mostrando cómo la violencia puede constituirse en un capital que los posiciona de manera favorable o desfavorable ante otros según qué se juegue en las distintas situaciones (Kessler, 2002b; Rossini, 2003; Míguez, 2008; Garriga Zucal, 2010). Articulando la construcción de identidades, los espacios barriales y las violencias Garriga Zucal plantea la identidad como "una ficción verdadera que nos hace parte de un 'nosotros', una marca distintiva construida para diferenciarnos" (2011: 19), enfatizando así el eje relacional de ésta, que se produce y construye en cada encuentro con la presencia de un "otro", que posibilita así erigir reconocimientos propios en un "nosotros".

A su vez, concibo las identidades como construcciones socio-culturales para sí y para otros que al no darse nunca como procesos acabados y coherentes conllevan las ambigüedades y tensiones de toda trama relacional y situada. Las vidas de jóvenes, interpeladas muchas veces a ocupar posiciones de indeterminación y liminalidad, permiten observar más que otras, cómo los jóvenes resuelven y transitan las ambigüedades, violencias y los *entre* en que se desarrollan sus vidas. Me interesa entonces analizar aquí cómo "jóvenes de la villa" se construyen como tales a partir de

⁶ Entiendo desde Lenoir (1993) que desde la indagación sociológica es posible rastrear la "invención" de categorías, terminologías, "problemáticas", como la de la juventud o los jóvenes, y así comprender el proceso por el cual ésta devino en foco de atención, en motivo para la creación y sostenimiento de agencias, actores e intereses en torno a la misma.

⁷ *El Marqués* y *el pueblito* son dos modos nativos en que los habitantes de aquella zona de la ciudad se refieren a quienes habitan en dos sectores delimitados de barrios Marqués de Sobremonte.

ciertos modos de ocupar ese espacio de *la calle*. A partir de desentrañar antropológicamente quiénes son los jóvenes en la villa muestro el lugar que *la calle*, como espacio físico, pero principalmente social y simbólico, ocupa en sus vidas; cómo los modos de ocupar y significar *la calle*, y las violencias que en ella pueden experimentar, se torna crucial para comprender la construcción de identidades en jóvenes de una villa de Córdoba.

Villa El Nailon... entre *la calle* y la casa

Villa El Nailon se encuentra en el cruce de cuatro barrios importantes de la ciudad de Córdoba (Marqués de Sobremonte, Sargento Cabral, Alta Córdoba e Hipólito Yrigoyen⁸), a dos kilómetros del centro de la ciudad. Esta villa se construyó a los costados de las vías del tren de carga General Belgrano⁹ y rodeando hacia el noreste parte de la central de energía nuclear Dioxitek que produce dióxido de uranio¹⁰. Es una de las tradicionalmente llamadas “villas de emergencia” construidas en la ciudad de Córdoba en la década de 1950 bajo el contexto peronista de la época, período durante el cual se implementaron importantes medidas que implicaban una fuerte atención a los sectores más subordinados económicamente, lo cual de todos modos no alcanzó a morigerar la creciente situación de pobreza y exclusión social que estas comunidades vivieron y continúan viviendo desde su creación.

Al acercarse caminando hacia la villa es llamativo el contraste entre caminar por las veredas de los barrios aledaños, donde casi todo parece transcurrir en el interior de las viviendas, y el sumergirse en la villa, donde es posible encontrar a adultos, niños y jóvenes en los pasillos, frente a sus casas, sobre las vías del tren, caminando por las callejuelas, sentados sobre un tronco o un ladrillo. Casi todo sucede “afuera”. Ese *casi* permite dilucidar que hay un *entre*. Entre dos espacios vitales que se articulan de maneras imbricadas: la casa y la calle.

Los jóvenes y los niños son los sujetos predominantes en la circulación y ocupación de ese “afuera” de las casas. Tantos unos como otros circulan permanentemente entre una casa y otra, entre pasillos, ocupan distintos lugares, distintos grupos, se reúnen, juegan, miran a quienes pasan. En Villa El Nailon los espacios se ocupan de diversas formas; y la configuración física de sus casas, callejuelas y pasillos permite dar lugar a estas múltiples formas de estar en ella. Algunas viviendas están separadas entre sí por tejidos de alambre, otras están conectadas por largos pasillos que a modo laberíntico permiten pasar de pequeños patios al comedor de otra casa, hasta llegar a una calle central. Por momentos pareciera haber una mayor intencionalidad de diferenciar

⁸ Alta Córdoba es uno de los barrios más antiguos y tradicionales de Córdoba. Es además uno de los considerados “barrios pueblo” por ser uno de los primeros barrios de la ciudad y por sumarse durante la primera mitad del siglo XX a ciertos intentos independentistas del resto de la ciudad. En el caso de Marqués de Sobremonte es uno de los barrios que más espacio abarca territorialmente, mientras que Sargento Cabral e Hipólito Yrigoyen son considerados barrios populares y de renombre en la ciudad.

⁹ El tren continúa pasando dos veces por días a alta velocidad y a sólo tres metros de las viviendas.

¹⁰ La planta funciona en dicho lugar desde el año 1982, sin embargo, recién desde el año 2011 comenzaron algunas gestiones desde la Municipalidad para exigir el traslado de la misma, sumado a reclamos de vecinos que exigían su retiro del barrio por lo que consideraban problemas ambientales y a la salud que ésta pudiera provocar. Entre los habitantes de la villa conviven apreciaciones que no adjudican ningún mal ni riesgo a la existencia de la planta, con aquellas que le adjudican la responsabilidad de enfermedades como cáncer y úlceras en algunas personas.

espacialmente una casa y otra, pero generalmente esto no se traduce en los usos y prácticas de intercambios y ayudas mutuas constantes¹¹.

Las viviendas suelen tener un espacio alrededor de la estructura techada de la misma donde transcurre gran parte de la vida social de la familia: es donde se toma mate, donde se charla y comentan entre familiares y vecinos, donde los más pequeños aprenden a caminar, donde se lava la ropa, donde se arregla la moto, la bici, el carro. Es un espacio que permite observar lo que sucede más allá y tener un asiduo contacto con quienes circulan, pasan, se van y llegan. No sólo las características de los materiales que delimitan el espacio propio con el "afuera" (puertas, alambrados, rejas) dan cuenta de esta separación que a la vez no pretende serlo, sino que es principalmente el permanente flujo de personas entre éstos lo que muestra cómo la cotidianeidad de estas familias se desarrolla "adentro", en el "afuera" y en el "entre" de las viviendas. La vida, y principalmente la vida de los niños, niñas y jóvenes, sucede fundamentalmente en ese "entre". Entre un supuesto adentro y un supuesto afuera.

Las distintas familias que fueron poblando la villa configuraron los distintos espacios y sus usos a partir de las alianzas y distanciamientos construidos entre los mismos. A la manera en que Elias y Scotson (2001) plantean la relación entre "establecidos" y "outsiders" a partir de la marcación entre quienes llegaron primero y quienes llegaron después, en Villa El Nailon la diferenciación entre los Villega, como primeros en ocupar los terrenos, y los Ortega, como llegados de un posterior proceso migratorio provenientes de la localidad de Mansilla, produce diferentes modos y distribuciones en las ocupaciones y usos del espacio, así como legitimidades construidas sobre las mismas.

Los chicos y chicas en la villa han crecido en un entorno en el que conviven con un alto número de personas que constituyen para ellos vínculos significativos en tanto son clasificados en algún grado de la estructura parental. Esta red de relaciones parentales y de afinidades es vivenciada por las distintas generaciones en la villa como un entorno que brinda resguardo y seguridad ante peligros que se adjudican principalmente al afuera de la villa. El riesgo siempre suele provenir de otros barrios, pero difícilmente desde el interior de la misma.

Durante el día los niños y niñas pueden circular libremente entre una casa y otra, por las calles y pasillos de la villa y siempre habrá algún adulto cerca que, si no es familiar, los conoce y conoce a sus padres. Muchos adultos organizan permisos y límites a partir de un saber compartido de que sus hijos están "vigilados" por la mirada de otros adultos que circulan por el lugar y que muy probablemente son familiares más o menos directos de éstos. A esto se suma el hecho de que la villa sea un espacio que no es generalmente transitado por otras personas más que por quienes allí habitan, lo cual constituye una garantía de que allí no encontrarán "extraños". Esto encierra la paradoja de que aquellas representaciones de que la villa es un lugar "peligroso", construidas generalmente en el afuera, son las que al mismo tiempo constituyen un resguardo en

¹¹ Fue paradójico el afán con que dos familias se esforzaron hasta llegar a construir un alambrado romboidal de dos metros de alto que separara el espacio verde que unía sus dos viviendas. Sin embargo, éste alambrado dificultó el fluido intercambio que venían sosteniendo ambas familias (alimentos, niños, charlas), aunque por otro lado acercó más sus viviendas a los modos "tradicionales" de clase media de nuestra sociedad de delimitación de la propiedad privada.

tanto garantizan el no ingreso de aquellos “otros” que, en tanto los subvaloran¹², pueden ser otros “peligrosos” para sus hijos. Delia, una mujer de 45 años y madre de cinco hijos, describe cómo los chicos se mueven constantemente de un lado a otro dentro de la villa y de esa forma están a resguardo de los riesgos que se hallan fuera de ésta: *Vos viste que acá no entra nadie... si acá es como una gran familia...*

Los niños aprenden desde pequeños a manejarse por el lugar, y adquieren así destrezas para moverse entre los escombros, la basura, las vías del tren, los carros y caballos. En ese andar no sufren mayores accidentes, ya que la habilidad que adquieren en esa práctica los protege en parte de riesgos que otros niños no sortearían fácilmente. *Si los chicos en los ranchos saben cuando viene el tren... ellos saben... y vos viste que nunca el tren ha agarrado a algún chico. Si no es culpa del tren...*, comenta Nati a razón de que en el año 2009 el tren alcanzara a una niña, amputándole algunos dedos de la mano de ésta.

Las instancias en las que he observado a los más pequeños jugando con objetos punzantes, chapas oxidadas, cerca de la basura acumulada o del humo cuando la quemaban, y a pocos metros de los caballos, me confrontaban permanentemente con las sensaciones de “riesgo permanente” que todo ello me inspiraba, según mis propios criterios respecto a “lo riesgoso” y lo “seguro”. En un intento de construir allí una distancia analítica que me permita comprenderlo pienso en la noción de *habitus* de Bourdieu (1997) para analizar esta incorporación hecha cuerpo, desde temprana edad, de una condición social, de una posición social y económica que hace que estos niños crezcan con un sentimiento que, lejos de ser el temor ante “el afuera”, sea una fascinación por ese “mundo de *la calle*”, aún con sus “riesgos” y “peligros”, que no serían vividos como tales. Así lo expresan algunas de las madres en referencia a sus hijos más pequeños, aquellos que recién comienzan a caminar o incluso que aún gatean:

¡El Piri quiere estar en la calle! Si no está en la calle empieza a llorar (Victoria, sobre su hijo de 8 meses).

¿sabés lo que quiere? Quiere calle, quiere calle... por eso llora (Bety, sobre su nieta de 6 meses).

El Miqueas no sabe caminar pero vos te descuidás y ya se fue a la calle. ¡Se va solo a lo de la vecina! (Rosa sobre su nieto de 10 meses).

En ese “entre” espacial en el que desde pequeños van forjando subjetividades, los niños también van formando parte de la trama de sentidos en la cual *la calle* y la casa aparecen no sólo como espacios físicos aparentemente delimitados, sino como mundos moralmente diferenciados¹³, donde lo que los distingue no es tanto dónde se está sino qué se hace en ellos, o principalmente cómo se hacen “jóvenes”, y qué jóvenes se hacen en ellos. De este modo, los sentidos divergentes o compartidos que, tanto para los adultos como para los jóvenes, adquieren el *andar en la calle* o *estar en la casa* aparecen

¹² Di Leo (2013) analiza con la categoría “miradas que lastiman” cómo la estereotipación que los jóvenes de estos barrios reciben por parte de aquellos barrios de clase social más acomodada se constituye en una de las principales violencias que vivencian en sus vidas.

¹³ Da Matta toma estos ámbitos no sólo como espacios geográficos sino—y principalmente—como “entidades morales, esferas de acción social, provincias éticas dotadas de positividad, dominios culturales institucionalizados y, por causa de eso, capaces de despertar emociones, relaciones, leyes, oraciones, músicas e imágenes estéticamente modeladas e inspiradas” (DaMatta, 1997: 15, *traducción propia*).

como correlatos morales¹⁴ de *ser un chico o una chica que anda* o *ser un chico o una chica de su casa*.

Estos parámetros morales no se presentan de manera tan claros o discretos en las vidas de los jóvenes y sus familias, sino que más bien muestran una fluctuación, un permanente ir y venir, o bien una convivencia, no sólo espacial sino simbólico y moral de estos sentidos muchas veces presentados de modos dicotomizantes. Como veremos a continuación para el caso de Tali y su familia, esta configuración de un “entre” (Turner, 1999) en el que los jóvenes devienen como etapa liminal (Levi y Schmit, 1996; Margulis y Urresti, 2008) puede extenderse durante varios años, y es vivenciada por los propios jóvenes y sus familiares como momento de indefinición, suspensión temporaria de ciertas normas y posiciones. A partir de transitar estas experiencias los jóvenes se constituyen como tales, reafirman dicha condición que se les adjudica, y en ese mismo proceso dan fuerza a ciertas dimensiones claves de la estructura social de la cual forman parte.

Tali y la construcción de sí en *la calle* y *la casa*

Tali nació y creció en Villa El Nailon junto con sus hermanos mayores por parte de madre y con sus hermanos menores por parte de madre y padre. Desde que su madre se unió en pareja con Osvaldo Ortega, a quien considera su padre, vive con ambos, una hermana mayor, y dos hermanas y un hermano menores que él. Durante su temprana infancia, Tali construyó una fuerte afinidad y amistad con Yoni, quien fuera a su vez hermano por línea paterna de sus propios hermanos mayores¹⁵. Con Yoni experimentaron todas las travesuras y dañadas que en la villa caracterizan a los niños y niñas del lugar. Juntos aprendieron desde pequeños a *andar en la calle*, a conocer algunos barrios de los alrededores, a saltar tapias, y a escaparse de la policía¹⁶. Cuando lo conocí a Tali tenía 13 años, y en una ocasión me comentó que a Yoni lo había llevado la policía. *¡Lo llevaron por DP al Yoni! ¡Está becho un indio el Yoni!* Llevar por DP es llevar “a Disposición Padres”¹⁷. Desde entonces sus vidas comenzaban a tomar rumbos distanciados. Tali se juntaba más con amigos de la escuela y Yoni afianzó amistad con los amigos de la villa y de *la calle*¹⁸.

¹⁴ Entiendo desde los desarrollos de Balbi (2007) que los valores morales contienen un triple carácter: cognitivo, emotivo y moral de manera tal de darle importancia no sólo a lo que se enuncia y se sostiene discursivamente, sino a cómo dichas valoraciones cobran matices y heterogeneidades en las distintas circunstancias en las que anclan en las prácticas de los individuos. Por tanto, entiendo desde los desarrollos del autor que los valores morales no sólo contienen una jerarquización en juicios respecto el objeto o acción en cuestión, sino que entrañan un modo de comportarse y conducirse en las interacciones sociales, como guía en la orientación de conductas. Por último, vale resaltar que el entendimiento de las moralidades se debe realizar en consideración de los contextos de significación en que tienen lugar y por tanto éstas deben interpretarse situacionalmente, para lo cual el tomar todos los desarrollos de Evans-Pritchard (1976). En una línea semejante Míguez (2004) plantea que “las actitudes de la gente son fundamentalmente situacionales. Es decir: los individuos reaccionan en relación a un conjunto básico de valores que guían sus acciones; pero la manera en que aplican esos valores varía de acuerdo al contexto en el que están inmersos. Y eso a veces da lugar a posiciones contradictorias” (Míguez, 2004: 45).

¹⁵ Yoni y los hermanos mayores de Tali son hijos de Bety y de Marcio Villegas.

¹⁶ Durante algunas de las primeras charlas con Tali se extendía en largos relatos en los que daba detalles sobre cómo habían logrado burlar con Yoni detenciones policiales, huidas de la comisaría y demás hazañas.

¹⁷ Como el código penal ni el contravencional les permite detener a menores de 18 años, la policía creó la figura de DP a través de la cual detienen a un menor y llaman a los padres para que vayan a retirarlo.

¹⁸ Desde entonces Yoni nunca dejó la calle y comenzó una “carrera institucional” (Previtali, 2012) que lo llevó a cinco años de prisión por delito penal. Pena que todavía se encuentra cumpliendo.

Tali participaba por entonces de algunas actividades que organizaban los sacerdotes misioneros católicos que trabajaban en la villa, y a los pocos meses sus padres se involucraron de lleno en una iglesia evangélica ubicada en Alta Córdoba, a lo cual sumaron a todos sus hijos. Al mismo tiempo, había iniciado el primer año del nivel secundario de la escuela, y el resto del día lo dedicaba en gran parte a jugar al fútbol con sus amigos de la escuela (de los cuales algunos también eran de la villa) y con sus hermanos mayores, cuando éstos se lo permitían.

A partir de la adscripción a dichas actividades Tali realizaba una presentación de sí (Goffman, 2006) como un chico alejado de aquellas prácticas que desde las representaciones sociales hegemónicas y homogeneizantes presentan a todos los jóvenes que viven en una villa como jóvenes que no van a la escuela, que están todo el día en la calle y que terminan involucrados en el delito. *Si yo no me junto con los de acá... o sea... mucho tiempo no paso, no me gusta estar mucho tiempo acá en la villa*, decía en relación a cuáles eran sus espacios favoritos.

Tali lograba así presentarse como *un chico de su casa, un chico diferente a los demás, que no anda con la junta*, al mismo tiempo que se mostraba a través de cierto estilo al hablar, moverse, vestirse como un *chico que tiene calle*, que conoce los códigos de ese mundo y sabe moverse en sus relaciones. Vestido con campera con capucha, pantalón de jean con bolsillos a los costados y zapatillas deportivas, Tali caminaba balanceando levemente su torso mientras me señalaba y nombraba los barrios que se encuentran alrededor de la villa. Esta afinidad con valores y sentidos de *la calle* no se expresaban sólo en la dimensión más gestual y corporal, sino que también en sus referencias al hablar daba cuenta de cierta valoración a prácticas y experiencias que aparentemente él mismo u otros jóvenes habrían desarrollado en *la calle*. Durante nuestros primeros encuentros llamaba la atención la convivencia y el permanente *fluir* entre esta presentación de sí más ligada a ser un chico que *anda* con aquella que lo mostraba más como como *un chico de su casa*.

Male: *¿Vos decías que tratás a veces de que no hagan lío de otro modo?*

Tali: *¡No! si yo paso por cobarde... Ellos sí buscan el lío, pero yo... muchas veces pasás por cobarde. Yo directamente me callo, me quedo callado y dejo que hablen nomás...*

Male: *¿Vos no harías esto que hacen ellos?*

Tali: *No, a mi no me gusta pelear con navaja. Yo si peleo peleo a las trompadas* (entrevista a Tali, septiembre de 2005).

En ese fragmento se observa cómo en primer lugar Tali intenta mostrarse alejado de la recurrencia a las peleas entre bandas, al uso de armas, a la violencia. Pero cuando se siente interpelado a explicitar esta diferenciación con respecto a aquellos jóvenes que sí están dispuestos a buscar lío y pelear, entonces allí la presentación de su persona adscribe a los códigos de *la calle*, donde los jóvenes van al frente y pelean a puño y no con navaja, pero siempre pelean.

De algún modo Tali sabe que ha comenzado a atravesar una etapa de su vida en la cual para sí como para su entorno familiar y social se torna crucial los caminos que

emprenda en la definición de qué tipo de joven será. Este "entre" en el que se mueven los jóvenes cuando comienzan a atravesar una etapa de indefinición respecto a ámbitos sociales y morales donde se moverán sus vidas se puede analizar desde la noción de liminaridad que trabaja Turner (1988, 1999), no desconociendo ciertas distancias entre los ritos de pasaje que trabaja el autor con los procesos aquí contemplados. En el tránsito que implica esta vivencia de la juventud de una etapa de la vida (niñez) a otra (adulthood) se construyen recorridos vitales en donde, como en el caso de Tali, pueden en ciertas circunstancias mostrar adhesión a aspectos y valores de *la calle*, en otras a sentidos y valoraciones de *la casa*, y en muchas situaciones una ambigüedad entre ambas. Esto que desde otros enfoques sería "explicado" sólo como una mera contradicción, puede entenderse desde esta lectura como un proceso inmanente al pasaje hacia la adultez, en el que la más o menos larga liminaridad puede no tener que ver tanto con condiciones socio-económicas (Margulis y Urresti, 2008) sino más con qué sentidos y aspectos de sus mundos sociales están encarnando jóvenes como Tali. Siguiendo entonces a Turner (1988) encontramos que la combinación que se produce durante este período de elementos diferentes entre sí produce la posibilidad de diferenciarlos más claramente más que de mezclarlos. Y mediante ese momento en que se permiten hacer convivir estos elementos es que se regenera la trama social que les dio lugar inicialmente. Se regenera así el tejido social que se había deteriorado por los conflictos surgidos de las distinciones de status y de las discrepancias de las normas estructurales¹⁹. Este "entre" que nos permite interpretar el autor muestra cómo los jóvenes van configurando subjetividades y van construyendo modos de ser que les permiten luego posicionarse en la estructura de relaciones sociales de la villa y de otros espacios de sociabilidad. De este modo, este *andar* en los "entre" constituye una liminaridad que a su vez se hace fundamental para el sostenimiento de comprensiones morales y diferenciadas en los mundos sociales y familiares de estos jóvenes.

Esto no implica que los jóvenes actúan meramente movilizadas como por una corriente que los empuja a actuar de cierto modo sin tener alguna injerencia estratégica en ella, sino que más bien operan también allí modos elegidos y creados por ellos de presentarse ante las distintas personas y situaciones. De esta manera, presentarse como un chico *que tiene calle* le permitía a Tali negociar la aceptación a jugar un partido de fútbol con su hermano Sebastián a amigos de éste, la posibilidad de participar de la iglesia sin por ello caer en un desprestigio, y sobre todo lograr cierto reconocimiento dentro de grupos para él altamente valorados como serían los amigos y primos de sus hermanos mayores. A su vez, mostrarse como un chico más ligado al espacio de *la casa*²⁰ y todo lo que ello implica le permitía a Tali diferenciarse moralmente de aquellas

¹⁹ Si bien esta mirada permite salir de la pretensión de resolver tensiones que se deben sostener como tales para dar sostenimiento y sentido a muchos marcos sociales, al mismo tiempo no quiero dejar de hacer la salvedad respecto a que esta liminaridad que transitan los jóvenes no los hace necesariamente experimentar una *communitas* como desarrolla Turner (1988) para el caso del sacerdocio sanfranciscano y otras experiencias de la "cultura primitiva" y del mundo contemporáneo.

²⁰ Así como la calle, la casa tampoco se reduce al espacio físico donde se habita con la familia, sino que condensa más bien todo un conjunto de símbolos y significados asociados a la vida de bien, al camino de la buena moral y la reputación legitimada comunitariamente.

valoraciones que recaen sobre aquellos que *andan* y que son vistos como quienes no cuidan y valoran la familia, la reputación de ésta, el trabajo, el esfuerzo, etc²¹.

Considerando los dos tipos de comunicaciones que Goffman (2006) distingue para analizar cómo un sujeto busca definir una situación y una valoración de sí a partir del rol que construye ante otros, en el caso de Tali no se trataría meramente de una presentación verbal de cierta fachada que entra en “contradicción” con lo que mostraba su conducta, su cuerpo y su estilo. Sino que más bien Tali apelaba a la demostración de signos propios de ambos mundos morales, tanto en una comunicación más verbal expresiva como en las expresiones corporales y gestuales de su persona. Tali podía no saber con exactitud qué valoración podía hacer yo respecto a sus *andadas en la calle* y a su “nueva” vida más ligada a la iglesia y a la escuela, pero en sus interacciones con hermanos, primos y vecinos Tali parecía también apelar tanto a unas como a otras en una misma escena, mostrando que ambas presentaciones y construcciones de sí le resultaban productivas en tanto le permitían ganar ciertos status y prestigios en función de lo que se jugaba en cada contexto.

Tali puede moverse y optar estratégicamente por estos modos de ser “un joven de la villa”, en el marco siempre de ciertas posibilidades que están ciertamente condicionadas por factores estructurales que hacen a la vida en la villa, en el contexto cordobés y nacional más amplio. Tali puede armar una fachada (Goffman, 2006), y ésta podrá ir variando o permaneciendo en función de los diferentes contextos de interacción en los que se encuentre. Pero a su vez, las posibilidades con las que cuenta Tali para armar las distintas fachadas que irán construyendo su persona, están a su vez fuertemente condicionadas por el abanico de opciones que se le presentan en relación a las condiciones educativas, económicas, familiares, culturales en las que su vida se desarrolle. En función de éstas es que la predominancia de *la calle* como espacio de socialización y sociabilidad emerge en la vida de jóvenes como Tali.

Transformaciones en la escuela y el trabajo. ¿Emergencia de un “nuevo espacio”?

Desde que Bety y Osvaldo conformaron su familia se propusieron garantizar ciertas aspiraciones que tenían para con sus hijos y su vida como familia, lo que de algún modo venía a marcar una etapa de diferenciación respecto a las vidas previas de cada uno de ellos²². Querían que sus hijos fueran a la escuela y que finalizaran el nivel secundario. Para ello habían organizado la dinámica familiar de manera tal que con el salario de Osvaldo en el rubro de la construcción, Tali y sus hermanas no tuvieran que salir a trabajar y pudieran dedicar tiempo a la escuela y el estudio. De este modo lo explicaba Bety:

²¹ Douglas (2007) toma de Van Gennep para pensar desde sus desarrollos sobre la contaminación y el peligro, en cómo los estados marginales como pasos de uno a otro se presentan cargados de peligro para los demás en tanto dan cuenta de la indefinición, de quien no está siendo ni una cosa ni otra, y todas las amenazas asociadas a ello.

²² Bety había tenido cinco hijos con Marcio Villagra, pero no habían cohabitado todos juntos como familia, sino que los mayores de estos hijos fueron criados por la madre de Bety, mientras que los menores convivieron durante su infancia con la que fue luego la mujer de Marcio.

Nosotros les damos todo lo que podemos para que ellos estudien, para que sean alguien en la vida. No te digo que les damos oro, porque no tenemos. Pero lo que tenemos se lo damos para que ellos no tengan que trabajar y puedan estudiar. Y lo único que les pedimos es que estudien, que no anden en la calle (entrevista Bety, septiembre de 2007).

Bety daba cuenta de la apuesta familiar que implicaba que sus hijos vayan a la escuela y coloca así a ésta como la institución que a través de sus títulos otorgaría un plus de sentido para aquellos: les permitiría *ser alguien*. Uno de los principales roles que viene a cumplir la escuela dentro de las familias de la villa es el de hacer que sus hijos se mantengan alejados de *la calle*, o por lo menos esa es la ilusión que esta mueve en los adultos y en varios jóvenes. Ilusión en tanto la asistencia a la escuela convive muchas veces con la participación en prácticas propias del mundo de *la calle*²³ como el *choreo*, *andar* por otros barrios, consumo de drogas ilegales, ciertos *negocios*, etc.

De algún modo, durante esos primeros años de apuesta al secundario que realizaba Tali y su familia, podía éste experimentar aquella “espera” o “tolerancia” respecto a la latente exigibilidad de aportar a la familia con un trabajo propio. Esta posibilidad de tener un tiempo de espera antes de las exigencias de insertarse en el sistema productivo del trabajo es una de las características principales que describían el “ser joven” tradicionalmente (Margulis y Urresti, 2008). Este tiempo de espera les permitiría formarse para “la vida adulta”, preparándose en el sistema educativo, aprendiendo un oficio, adquiriendo las condiciones para formar una familia propia, etc. Sin embargo, como bien señalan Margulis y Urresti (2008), en los sectores populares de nuestro país los jóvenes de sectores populares no tendrían la misma posibilidad que los de otros barrios y sectores sociales de gozar de dicha moratoria, por lo que se verían impelidos a ocupar con mayor urgencia roles de sustento económico, de asumir más prontamente roles parentales, de abandonar más tempranamente la escuela. De este modo, aunque muchos de estos jóvenes no encuentren suficientes oportunidades para insertarse laboralmente, y esto entonces implicaría una “moratoria obligada”, vivirían dicha condición con la frustración y presión de tener que responder a ella, lo que tampoco les permitiría sacar verdadero provecho de dicha espera²⁴. Las fuertes expectativas que Bety y Osvaldo tenía sobre la educación formal de Tali contribuían a que éste realizara algunos esfuerzos para no abandonar la escuela. *Problemas de indisciplina*, decía la directora y algunas docentes; discriminación y hostigamiento desde los compañeros e indiferencia por parte de los docentes, contra-argumentaban Tali y sus padres. Así fue como Tali finalmente desistió de persistir en el sistema educativo formal, abocando desde entonces sus actividades a los trabajos temporarios que conseguía, a la participación en la iglesia, a jugar al fútbol con amigos y a las salidas que realizaban con éstos los fines de semana.

²³ Kessler (2002a) plantea que muchos jóvenes con los que él trabajó alternaban entre la participación en prácticas delictivas y los trabajos formales y la escuela, o muchas veces lograban la convivencia de ambas actividades.

²⁴ Para el autor sería la “moratoria vital”, como condición objetiva de contar con mayor lejanía respecto a la muerte, lo que definiría para distintos grupos sociales la juventud como etapa diferencial. Lo cual también puede ser discutido en tanto para estos jóvenes la muerte es experimentada y significada como una posibilidad muy cercana y se constituye así dentro del campo de lo posible, lo que los haría vivir más desde una perspectiva de vidas pueden acortarse muy rápidamente bajo las balas de la policía o bien de un enfrentamiento entre bandas.

La experiencia de Tali en relación a la escuela refleja la de muchos jóvenes que viven bajo condiciones socio-económicas semejantes, donde la desafiliación de espacios institucionales tradicionalmente legitimados se puede explicar a partir del entrecruzamiento de diversos factores. El crecimiento de las desigualdades económicas contribuyó a que grandes sectores se vean en desventaja para acceder a aquellos capitales (culturales, sociales, simbólicos)²⁵ que los acercan a las lógicas propuestas desde el sistema educativo formal. Esto toma un matiz más profundo si consideramos, junto con Saintout (2009), que la escuela, a pesar de las diferentes crisis y deslegitimidades, “se fue consolidando como una de las instituciones de mayor peso en la vida social. Una institución cuyo valor positivo no era puesto en duda” (Saintout, 2009: 127). En este sentido, la exclusión de muchos jóvenes de una de las instituciones que se pensaba como importante factor de integración, incide en la posibilidad de avizorarse con un futuro legitimado socialmente. La misma crisis económica e institucional lleva a que muchos de estos mismos jóvenes que se ven con escasas posibilidades de negociar accesos y permanencias en las escuelas, comienzan a construir expectativas sobre otros ámbitos de inserción social y a devaluar los contenidos, relaciones y lógicas de dichas instituciones (Saintout, 2009; Ramírez, 2013). Y así también caen las expectativas que los docentes pueden construir respecto a los alumnos. Ramírez (2013) plantea dentro de la investigación con jóvenes de sectores populares de Buenos Aires que si bien se continúa valorando positivamente la inserción en la educación formal, los jóvenes perciben que esta institución no parece tener en consideración las distintas realidades socio-culturales de las que ellos provienen y no se sienten convocados desde las propuestas de las mismas, como si ésta no los entendiera. Esto es lo que lleva a que se constituya en un espacio vaciado de los sentidos que otrora tuviera para generaciones anteriores, donde las propuestas pedagógicas parecían acompañar las vidas y aspiraciones de los estudiantes.

Este escenario se da en el marco de transformaciones estructurales que en nuestro país sufrieron una acentuación desde fines de la década de 1970 y que tiene sus más evidentes consecuencias en la desintegración social y política de sus principales instituciones, con la consiguiente deslegitimación y desconfianza que muchos miembros de la sociedad construyen sobre éstas.

Otra de las instituciones que se vio afectada por esta transformación es el trabajo. Wacquant (2007) y Bourgois (2010) señalan la reestructuración que sufrió el mercado de trabajo con la acentuación del capitalismo tardío en diversos contextos en los que la alta disponibilidad de mano de obra comienza a ser distribuida desigualmente en el rubro servicios más que en cualquier otro ámbito de la industria. La lectura que brindan de la modificación acaecida en las opciones que ofrece el mercado de trabajo para los jóvenes de barrios precarizados nos permite comprender con perspectiva global aquello

²⁵ Tomo de Bourdieu las nociones de capital cultural, social y simbólico, donde el primero se refiere a los conocimientos, diplomas, capacidades adquiridos por los sujetos a través de las instancias de formación formales (escuelas, oficios, universidades, etc.); con capital social se refiere a las redes de relaciones sociales, los apoyos y obligaciones que los individuos tienen para con otros y que conforman la red social en la que están insertos; y por capital simbólico entiende que es aquel prestigio y reconocimiento otorgado por todos los participantes del campo, es el capital relativo al campo de relaciones que le dan sentido y le permiten regular relaciones aún careciendo de capital económico (Bourdieu, 1997, 2007).

que Tali y jóvenes de la villa experimentan en las últimas décadas en nuestros contextos particulares:

“El desequilibrio del mercado de trabajo de la industria hacia los servicios con importantes incorporaciones de empleos calificados, por un lado, y generadores de ‘pequeñas changas’ descalificadas, por otro, el impacto de las tecnologías electrónicas e informáticas y la automatización en las fábricas y los sectores terciarios como la seguridad y las finanzas, la caída de los sindicatos de protección social, todos estos factores se han combinado para alimentar la destrucción, la precarización y la degradación del trabajo ofrecido a los jóvenes de los barrios desheredados de las ciudades” (Wacquant, 2007: 43).

Tali ha realizado en los últimos años diversos trabajos y ha fluctuado entre unos y otros en reiteradas oportunidades. Los trabajos más transitorios los desarrollaba en el ámbito de la construcción, permaneciendo en algunas ocasiones hasta tres meses trabajando en una obra, para luego abandonar dicho trabajo (ya sea porque renunciaba o bien porque lo echaban) para volver siempre a su puesto en la feria de verduras. En dicha feria Tali trabaja hace ocho años, con intervalos en los que se dedica a la construcción, o bien está desempleado. En la feria trabaja siempre como vendedor en el mismo puesto, con el mismo patrón. La feria es ambulante: recorre los distintos barrios de la ciudad permaneciendo un día en cada barrio desde temprano en la mañana hasta las 14hs. aproximadamente. Estos horarios implican para Tali tener que levantarse todos los días a las cinco de la mañana para a las seis y media estar en el Mercado Central donde se ocupa de cargar el camión de verduras y frutas, para luego dirigirse a la zona de la ciudad donde descargan y preparan el puesto. También ha trabajado en verdulerías fijas en barrios cercanos a la villa. Si bien el salario percibido en el rubro de la construcción era mayor que lo que cobraba en la feria, Tali sentía que ésta última era “su mundo”. Allí podía desarrollar sus habilidades para socializar:

...son paraguayos también. O sea el dueño del edificio es (uno que es de Córdoba), pero a ese no lo vemos nunca. Pero los demás, los encargados de la obra y todo son paraguayos. (...) No... pero a mi no me gusta eso, porque tenés que estar ahí revocando todo el tiempo, y con esos arneses que te tenés que poner, incómodo para trabajar. A mi no me gusta, viste cómo soy yo. A mi me gusta estar al aire libre como en la feria, tratando con la gente, vender, así... Abí en la obra tenías que estar encerrado todo el tiempo, no te dejan salir para nada, es todo oscuro (Tali, julio de 2011).

Estas habilidades que Tali desarrollaba en la feria luego se las enseña a uno de sus amigos, Santi, que vive en barrio Sargento Cabral y con quien solíamos reunirnos en la puerta de su casa. Le explicaba a Santi cómo debía tratar a las señoras que iban a comprar, cómo hablarles, qué ofrecerles, etc. En este trabajo, que no le garantizaba ni estabilidad ni un salario holgado, le permitía negociar otros capitales. Encontraba allí

un espacio que le permitía construir legitimidades en otras relaciones, como en la relación con Santiago.

Lo cierto es que a la desarticulación del campo de opciones laborales a las que antaño podían acceder antiguas generaciones hay que sumarle “las escasas credenciales educativas y la rotación constante a la cual se ven sometidos a causa de los contratos temporarios” (Svampa, 2000: 142). Los trabajos en la construcción y en el rubro servicios no sólo brindan opciones temporales, sino que se constituyen en espacios que promueven para jóvenes como Tali relaciones con cierto nivel de autoritarismo y escasas posibilidades de sostener dignidades legitimadas en ellas. Tali relataba cómo en uno de los trabajos de albañilería le pedían que traslade una bolsa de cemento, para a los cinco minutos pedirle que las vuelva a trasladar al lugar de origen, para al ratito nuevamente pedirle que las coloque en otro lugar, y así sucesivamente mientras se reían de observar a Tali ir y venir en tal tarea. En la otra punta del continente, y bajo condiciones socio-históricas disímiles, Bourgois (2010) pudo dar cuenta de procesos que bien nos iluminan esto que Tali estaba experimentando. Este autor plantea cómo las transformaciones socio-económicas acaecidas desde los años 80 en adelante en Estados Unidos llevaron a un progresivo deterioro del trabajo industrializado como posibilidad de inserción laboral para los descendientes de puertorriqueños en Harlem y habilitó sólo el rubro servicios con altísimos costos culturales y psicológicos para estos hombres y jóvenes. Las interacciones y las condiciones que implicaban estos trabajos chocaban con las identidades y dignidades masculinas construidas en la “cultura callejera” que éstos venían forjando en la venta de crack.

En nuestros contextos el relativo crecimiento del rubro de la construcción a partir del año 2008 brindó mayores opciones de inserción laboral para muchos jóvenes. Lo que sucedía con dicho ámbito laboral es que éste constituía generalmente una opción transitoria en medio de otros trabajos precarizados que no presentaban competencia en relación a obreros de la construcción con mayor experiencia, referencias y fuerza corporal para algunos requerimientos.

Así, ámbitos que eran tradicionalmente fundamentales para la construcción y sostenimiento de identidades que garantizaban un supuesto tránsito de la juventud a la edad adulta, no estarían constituyéndose en espacios de sociabilidad para desarrollar sus adscripciones identidades más valoradas y legitimadas (Di Leo y Camarotti, 2013)²⁶.

Emergen entonces otros ámbitos donde podrán desarrollar prácticas y construcciones de sí altamente valoradas entre pares. Allí es donde *la calle* cobra relevancia ya que permite insertar en la trama de significados que la constituyen identidades variables, lábiles y dinámicas en función de los momentos históricos y situacionales. Así, los espacios de intercambio con pares, las reuniones cotidianas en

²⁶ En el texto “*Quiero escribir mi historia*”. *Vidas de jóvenes en barrios populares*, los autores trabajan a partir de los relatos biográficos de diez jóvenes de la ciudad de Buenos Aires y del conurbano para analizar cómo estos jóvenes construyen sus vidas a partir de eventos que marcan hitos significativos en las mismas. En estas biografías analizan cómo en el contexto de la “segunda modernidad” y en entornos sociales marcados por la creciente desigualdad y difícil acceso a recursos materiales, éstos jóvenes encuentran otros espacios de desarrollo y de construcción de soportes a diferencia de los ámbitos tradicionales—escuela, familia, iglesia, trabajo—así, el barrio, la calle, las “nuevas iglesias”, los amigos, aparecen como espacios que actualmente cobran presencia en las vidas de los jóvenes con variados sentidos. En esa compilación, Ramírez (2013) analiza cómo el barrio aparece como uno de los principales ámbitos donde construyen pertenencias, como lugar para edificar un nosotros y resguardarse de los temores del afuera, al mismo tiempo en que encuentran en esta reafirmación a partir del barrio la acentuación de aquello que alimenta estigmas que sobre ellos recae por vivir en dichos territorios.

puntos claves del barrio, las salidas a los bailes de cuarteto en grupo, los “osados” recorridos por barrios vecinos, las interacciones ágiles a través de las redes sociales virtuales; todos ellos, comienzan a adquirir cada vez más un lugar central en la comprensión del lugar que ocupan las relaciones mediadas por la violencia. Aquella “cultura callejera” que Bourgois contrapone a las habilidades que les son requeridas a los jóvenes en el rubro servicio de los grandes edificios de Nueva York estaría compuesta principalmente de cierta demostración de capacidad de apelar a la violencia, a la agresión física, de ser alguien que no se deja amedrentar fácilmente, que ostenta masculinidades no cuestionadas. Todas ellas, habilidades y modos de ser y estar adquiridos principalmente en *la calle*.

Los trabajos de Di Leo y Camarotti (2013) plantean los distanciamientos que jóvenes de barrios populares en Buenos Aires experimentan respecto de instituciones como el trabajo y la educación formal como parte de un proceso más amplio de desafiliación de amplios sectores de la población que vienen sufriendo en sus vidas, corporalidades, subjetividades, afectividades, las consecuencias de políticas neoliberales que traen de la mano la deslegitimación y precarización de instituciones que anteriormente se ofrecían como ámbitos donde construir pertenencias, identidades, afiliaciones valederas, etc. Si bien coincido con estos autores en la necesidad de prestar atención a estos procesos de deslegitimación en relación a contextos socio-políticos mayores, me parece oportuno agregar que lo que muchas veces se produce no es un completo alejamiento o desafiliación, sino más bien una transformación de los valores y sentidos anteriormente construidos sobre estas instituciones, para actualmente resignificarlas y reconvertirlas en función de nuevas lógicas de relación y de construcción de vínculos en los jóvenes. En esta consideración por algunas de las instituciones que cumplen roles centrales en la regulación y control de las interacciones entre individuos y entre grupos debe tener lugar también las fuerzas de seguridad, ya que éstas se han tornado en agentes centrales a la hora de comprender cómo las violencias penetran en las vidas de jóvenes de sectores populares y qué hacen éstos con las distintas formas de violencias que atraviesan sus vidas.

Violencias que desencadenan otras violencias

La noción de “violencia institucional” (Wacquant, 2007) permite echar luz sobre los ejercicios de poder discrecional, con o sin uso de la fuerza física, que agentes estatales aplican sobre quiénes ocupan posiciones de exclusión social y no gozan entonces—en las relaciones e instancias más cotidianas y prácticas—de los mismos derechos garantizados a todos los ciudadanos según la Constitución y normativas internacionales de protección de derechos a los que adhiere el Estado²⁷. Esto no puede comprenderse cabalmente sin considerar cuál fue el proceso experimentado en la provincia de Córdoba respecto a políticas de seguridad y criminológicas.

²⁷ Para desarrollar esta definición me apoyo en los trabajos de Tiscornia (1996), Tiscornia y Pita (2005), Bermúdez (2011) y Rodríguez Alzueta (2014).

Así, desde el año 2000 en adelante comenzó a observarse una acentuación en el monopolio del control ejercido desde las fuerzas de seguridad y una progresiva desinversión en materia de prevención, junto con un aumento del gasto público en dispositivos punitivos y de propaganda y visibilización política. Como señala Riveira Beiras, “la seguridad se ha convertido en una mercancía que centra los debates políticos, a la vez que también se recurre como instrumento electoral a las promesas de mayor rigor y severidad” (2005: 19).

Estas direcciones que se tomaban en la provincia acompañaban cambios más globales a nivel nacional. En el año 2000 Argentina importa el modelo de “tolerancia cero” en materia de “seguridad” y “combate contra el crimen” de la mano de William Bratton, quien diseñó medidas policiales ultra represivas para la ciudad de Nueva York (Wacquant, 2004). Dicho modelo fue adoptado por el gobernador de la provincia de Córdoba José Manuel De la Sota, quien firmó en 2004 un convenio con el Manhattan Institute y con la Fundación Axel Blumberg, en el marco del cual se continuaron desarrollando partes de un programa que consistía en la creación del Comando de Acción Preventiva en 2003 (vehículos especiales y policías controlando zonas “peligrosas” de la ciudad); la construcción del complejo penitenciario Bower²⁸ para hombres y mujeres a cinco kilómetros de la ciudad de Córdoba, y del complejo de cinco Institutos de Menores “Nueva Esperanza”; el desarrollo del programa “Mi casa, mi vida” desde el año 2002 y 2003, que consistió en el traslado de 12.000 familias que vivían en “villas de emergencia” a nuevos barrios construidos en zonas alejadas de la ciudad, según disposiciones arquitectónicas y urbanísticas distantes a las lógicas relacionales e intereses de sus habitantes²⁹.

Estos cambios en la gestión de la seguridad fueron inevitablemente acompañados de nuevas configuraciones y estructuraciones socio-espaciales así como nuevas dinámicas en las relaciones barriales, sectoriales, generacionales (Bermúdez y Previtali, 2014). Estas políticas se traducían para los jóvenes de las villas en restricciones concretas a la posibilidad de circular libremente por distintos barrios de la ciudad. Comenzaron a ser constantemente detenidos, controlados y aprehendidos por los agentes policiales, que amparados en el Código de Faltas de la Provincia de Córdoba realizaban constantes controles, detenciones y razzias³⁰. Estas medidas contribuían al cercenamiento en libertades sobre uso del espacio, así como al interior de la villa y de los grupos familiares construía restricciones para la circulación de niños y jóvenes por barrios alejados para las salidas con amigos/as los fines de semana. A su vez, agudizaba el señalamiento de estos grupos sociales como foco de la “peligrosidad social” a través rasgos físicos, en la vestimenta, en los modos de andar y hablar.

²⁸ Este complejo penitenciario, de hombres y mujeres, está localizado en proximidades de la comunidad que lleva el mismo nombre, a cinco kilómetros de la ciudad de Córdoba.

²⁹ Para un análisis de estos programas ver Boito, Sorribas y Espoz (2012) y Hathazy (2014).

³⁰ El 3 y 4 de diciembre de 2013 se produce una huelga policial con acuartelamiento, dejando “zona liberada” en toda la ciudad y desatando una ola de incidentes callejeros, entre ellos saqueos a supermercados y otros comercios, así como linchamientos a jóvenes de sectores populares que circulaban en moto por barrios céntricos de la ciudad. A partir de entonces, y mediante nuevos acuerdos salariales, la policía de la provincia sale a tomar las calles buscando relegitimar su vapuleada imagen post diciembre, y lo hace a través de lo que llamaron “operativos saturación” que consistían básicamente en razzias en barrios populares de Córdoba, ya que se efectuaban allanamientos sin órdenes judiciales en los que detenían a una veintena de varones jóvenes y adultos que permanecían expuestos a la mirada pública durante horas en plazas y espacios abiertos de los barrios.

En el trabajo de campo que he realizado en Villa El Nílon, he observado una articulación compleja entre las violencias de las que los jóvenes son “víctimas” por crecer en contextos de pobreza, y aquellas configuraciones en las que se presentan como hacedores de las situaciones de violencias hacia otros o hacia sus propias vidas (Bourgois, 2010; Epele, 2010)³¹.

Considero, como bien lo expone Rifiotis y Vieira (2012), que en las lecturas de ciertos procesos con violencia conviene tomar los recaudos de no caer en una victimización de los sujetos que impida considerar la capacidad de agencia de éstos para no perder de vista qué están haciendo los jóvenes cuando apelan a algunas formas de violencia en sus relaciones sociales. Este riesgo de la “victimización” se ve ciertamente acentuado cuando trabajamos con grupos sociales que vienen siendo largamente colocados en posiciones antagónicas: como victimarios culpables de los “peores males” de la sociedad, o como víctimas inocentes y pasivas de mecanismos de opresión y exclusión.

En esta línea es que se tornan “útiles para pensar” las propuestas de Butler para articular estas experiencias de jóvenes de sectores populares con violencias y políticas estatales, y ver allí interpelaciones a ocupar posiciones sociales de “vidas que no valen”, que no cuentan, que no se duelen ni se lloran (Butler, 2006). Esta autora plantea cómo se construyen ciertas vidas como vidas “que no valen la pena”, es decir, que no merecen ser dolidas, como sí lo fueron las muertes estadounidenses del 11-S. Podríamos pensar que los jóvenes que habitan en barrios empobrecidos son cada vez más posicionados en la deshumanización de la que hablan Heritier (1996) y Burgat (1996), cayendo muchas veces ellos mismos en cierta desvalorización de sus propias vidas (Previtali, 2012). Siguiendo la idea de continuum de violencia planteada más arriba, he propuesto en otros trabajos (Previtali, 2012) cómo estas posiciones de subvalor que experimentan los jóvenes se estereotipan en interacciones cotidianas con personas de otros barrios y con agentes institucionales, traducándose muchas veces en interacciones recíprocas de uso “naturalizado” de la violencia en las relaciones más cotidianas en el barrio y dentro de sus familias.

Forjarse en *la calle*. Hacerse chicos y chicas en las violencias...

Otra de las expectativas que Bety y Osvaldo tenían respecto a la socialización de sus hijos era que éstos se mantuvieran lo más alejado posible de *las andadas en la calle*, lo cual implicaba reestructurar dispositivos de control espaciales, parentales, de coacciones morales sobre éstos, para así garantizar lo más posible que permanecieran en *la casa*. Estas aspiraciones y sus respectivos mecanismos de control, compartidos por la mayoría de las familias de la villa, se flexibilizaban más para el caso de los varones que para las mujeres. De las chicas se espera que permanezcan más tiempo en la casa y para ellas se rigidizan más estos controles. Esto comentaba Bety al respecto:

³¹ Bourgois (2010) analiza los constantes flujos entre la violencia estructural a las violencias interpersonales. El autor analiza cómo los vendedores de carck pasan de una forma a otra de violencia a través de un continuum en el que no siempre es sencillo dilucidar el paso de una posición a otra.

El Osvaldo siempre le dice a la Sandra que si quieren ir al parque algún día con algunas amigas, que las traiga a las amigas así las conocemos y vemos si son buenas chicas. Porque sino te puede decir que va al parque con la Diana y después resulta que también se va con otras chicas que nosotros no conocemos. La Sandra se sabe juntar a charlar ahí en la puerta con sus amigas y yo le digo que pasen, que vengan adentro, porque sino después se quedan ahí y pasan los chicos y que gritan y corren por ahí. Y no es que ella se ande juntando con los chicos pero viste que acá enseguida empiezan a hablar, entonces yo le digo que no se queden ahí afuera, sino que entren acá con las amigas (Bety, septiembre de 2007).

Estas pretensiones se correspondían con la organización de la dinámica familiar, así como con las progresivas transformaciones que fueron realizando en la construcción de su vivienda y del espacio que delimita a ésta con el “afuera” o pasillos de la villa. Mientras sus hijos eran más pequeños y tenían menos de 12 años, la delimitación entre el espacio que rodea la vivienda y la callejuela de la villa estaba conformado por unos alambres sobre los que se apoyaban unas chapas y maderas. Asimismo, la puerta de ingreso por este alambrado no tenía sistema de cerramiento, por lo que todo aquel que quisiera o tuviera suficiente confianza con los Ortega, podía ingresar por allí. A medida que Tali y sus hermanos menores iban creciendo esta delimitación espacial comenzó a reforzarse. Colocaron chapas de dos metros de alto y reforzaron las maderas. La puerta comenzó a cerrarse con una cadena que se ataba con candado. Sin embargo, las chapas oxidadas que delimitaban el adentro del afuera formaban hendiduras entre sus viejas soldaduras que eran usadas como mirillas fundamentales para reconocer quiénes se acercaban, quienes se alejaban, quienes andaban cerca. Nuevamente, la demarcación no era absoluta, por algún resquicio se sostenía la vinculación con el “afuera”.

Pero las preocupaciones habían comenzado a crecer, y junto con éstas las limitaciones, que se hacían cada vez más infranqueables. Lo cual no evitaba que niños y jóvenes constituyeran diversas estrategias para sortear dichos obstáculos. Uno de ellos, quizás el más importante, es la acción de *pirarse*³². Desde pequeños los jóvenes *se piran* para poder experimentar *la calle* y todo lo que en ella pueden encontrar. Cuando los niños y jóvenes *andan en la calle* generalmente es porque *se han pirado*, sobre todo aquellos que viven controles más estrictos por parte de sus padres.

Facundo³³, hermano menor de Tali, estaba incursionando en *andadas* en barrio Marques de Sobremonte. Visitaba a unas ex compañeras de la escuela que vivían en Marques anexo, y se estaba ganando enemigos varones de la misma zona. En una oportunidad en que lo acompaño *al Marqués* relata:

Facu: *yo ya no voy más solo para allá (al pueblito), es para problemas...*

Male: *¿por qué? ¿qué pasó?*

Facu: *porque la otra vez casi me agarro a trompadas con unos chicos...*

³² Un pequeño de tres años que pregunta por su madre, es respondido por su abuela: *se fue porque vos te andas pirando por ahí*. Pirarse es escaparse, salir de la casa sin permiso de quien corresponda.

³³ Facundo tenía 15 años al momento de esta observación. Desde muy pequeño colabora en el trabajo en el carro con sus hermanos mayores, y en los últimos años ha pasado a ser el responsable de manejar alguno de los carros de su familia, acompañado por sobrinos y primos más pequeños.

Male: ¿por qué? ¿cómo fue?

Facu: *el sábado a la noche fui para allá y le estaba diciendo cosas a unos chicos y sale uno y me empieza a decir: "dejá de hacerte el vivo que le voy a decir a mi hermano y te vamos a hacer cagar". Entonces yo le dije "vení dale...". Le querían quitar la bicicleta al Benja³⁴, que había ido conmigo, así que le dije que se volviera con la bicicleta y después vino un amigo del chico y estaba el hermano también, pero ellos después dijeron no (se arrepintieron de querer pelear) y se fueron...* (Facu, abril de 2011).

Vestido con un overol de obrero o mecánico de autos, Facu estaba queriendo ostentar de alguna manera su semblante de ya joven más maduro, más parecido a sus hermanos mayores. Recorrer barrios vecinos, ir a visitar amigos, encontrarse con enemigos, son prácticas que permiten ganar experiencia en *la calle*, adquirir estatus en el marco de una clasificación social en la cual *la calle* constituye uno de los principales, sino el principal, espacio de interacción en el cual construir distinciones, reconocimientos, identidades.

Las relaciones de rivalidad y alianza se constituyen, entre otras cuestiones, a partir de limitaciones espaciales, a su vez que esas delimitaciones se forjan a partir de las relaciones de amistad y/o confrontación, y dan cuenta así de cómo éstas están edificadas sobre las dinámicas de viejos y nuevos enfrentamientos. La rivalidad de la villa con *el Marqués* no siempre se vivió del mismo modo por las distintas generaciones. Así, muchas veces los jóvenes reinventan los significados y relaciones en las cuales se desarrollan. Los chicos y chicas con los que trabajé hacen referencia a ciertas posibilidades de construir amistad con algunos grupos *del Marqués*, como vínculos excepcionales que se dan en el marco de una relación de larga data marcada por el conflicto y las disputas, y que los excede y los precede históricamente.

Cuando nos acercábamos con Facu hacia el sector del *pueblito*, él me iba indicando por dónde debíamos doblar y por dónde continuar para llegar a una calle angosta de tierra, un poco más ancha que un automóvil, muy poseada, donde se encontraba la casa de su amiga Mica. Percibí que a cierta altura del recorrido comenzaba a ser fundamental la decisión de qué calles tomar para llegar hasta la casa de su ex compañera. *Por allá por la calle del medio no paso más porque están siempre los chicos esos que te dije*, contaba Facu, fundamentando lo complicado que parecía el circuito que estábamos realizando³⁵. Las percepciones sobre los espacios más próximos, como es el *Marqués* y el *pueblito*, así como sobre algunas de las relaciones sociales más significativas o eventos fundamentales en sus vidas, se organizan a partir de la siempre latente posibilidad de vivir un enfrentamiento entre los de la villa y *los del marqués*. Esta posibilidad puede surgir ante el intento de evitarla o bien ante la intención de buscar esa confrontación. No siempre esos enfrentamientos tienen un desenlace fatal, como ocurrió en el caso del primo de Nati, sino que muchas veces se desarrollan dentro de un intercambio "controlado" de fuerzas en el que los implicados comparten y acuerdan ciertos sentidos sobre dicho encuentro. No siempre hay una búsqueda de "eliminar" al otro, sino que a

³⁴ Benja es sobrino de Facu y tenía 8 años en ese momento.

³⁵ Estas apropiaciones y vivencias de los espacios y las grupalidades de los jóvenes son analizadas también en Previtali (2014)

partir de una pelea con ciertos chicos o chicas del Marqués o de la villa es posible que cada uno obtenga otros tipos de “beneficios” altamente valorados en sus entornos familiares y comunitarios. A través de estos intercambios con violencia construyen prestigios para unos u otros por mostrarse sin temor, por saber moverse en esas situaciones, así como también pueden adquirir honor³⁶ por ser quien encarna en ciertos momentos la defensa del barrio, del grupo de amigos, de la familia. Si pertenecen a una familia con alta y valorada reputación en la red de relaciones de la villa, los jóvenes deben reafirmar el propio honor y el del grupo de pertenencia (Peristiany, 1968) al “heredar” las rivalidades que forjaron sus hermanos, padres, tíos y situarse del modo socialmente esperado dentro de la lógica de las mismas.

El relato de Facu muestra un intercambio ya sucedido o posible, pero construido dentro de marcos relativamente guionados, donde cada una de las líneas responde a la increpación del desafiante desde la posición de quien en vez de hacer un paso atrás ante la provocación, la enfrenta con valentía. Cuando un chico del *pueblito* se encuentra con uno de la villa sabe que una forma de provocar o alimentar la enemistad que los precede sería a través de una frase como la que Facu relató: *dejá de hacerte el vivo que le voy a decir a mi hermano y te vamos a hacer cagar*. Y cuando se pretende responder a la misma con la intención de mostrar que no se teme a la amenaza, sino que contrariamente a ello se la enfrentará con más valentía que la que el oponente presentaba inicialmente, se debe responder algo como: *vení dale...*

Se podría argumentar que las interacciones que los jóvenes pueden desarrollar en *la calle* tienen mucho de inesperado, desconocido, incierto y riesgoso. Sin embargo, más que una absoluta incertidumbre, lo que orienta muchas veces las interacciones son más ciertas pautas regladas, conocidas, y hasta a veces previsibles (Tambiah, 1997; Míguez, 2008). Peristiany los plantea en términos de “juegos reglamentados” del siguiente modo:

“Luchas, guerras entre ligas políticas o guerreras, (ecffuf) y guerras entre tribus, son juegos estrictamente reglamentados. En ese contexto no socavan el orden social, sino que lo salvaguardan. (...) Ese ritual de conflicto, pretende Bourdieu, constituye una perfecta expresión de la lógica del honor, en cuanto facilita a la sociedad una palestra social bien regulada en la que desplegar, en forma simbólica, los valores y creencias más apreciados” (Peristiany, 1968: 18).

De este modo, lo fundamental no es sólo atravesar dichas experiencias sino poder luego relatarlas, dar cuenta de que se conocen y manejar los códigos que rigen en ellas, ya que es ante el público que escucha y constata la misma que ésta se convierte en un valor que jerarquiza la posición del joven en cuestión. Entender que aquello constituye un ritual que pauta la interacción entre un joven de la villa y uno *del Marqués* no exime

³⁶ Para el honor tomo la definición que brinda Pitt-Rivers como “el valor de una persona a sus propios ojos, pero también a los ojos de su sociedad. Es su estimación de su propio valor o dignidad, su pretensión al orgullo, pero es también el reconocimiento de esa pretensión, su excelencia reconocida por la sociedad, su derecho al orgullo” (1968: 22).

de considerar los riesgos en dichas incursiones, sobre todo cuando no se forma parte plenamente de dichos grupos de pertenencia. Al charlar con Nati³⁷ sobre mis visitas al Marques me advierte:

Tené cuidado Male si vas al pueblito. No digo que no vayas, pero tené cuidado. Porque acá en la villa los chicos serán moqueros³⁸, pero a vos te respetan. En cambio allá pueden ser atrevidos, no son como los de acá. Además hay bronca entre la villa y el pueblito.

Male: ¿pero entre todos? ¿no hay algunos que tienen amigos?

Nati: yo no, desde que pasó lo de mi primo el Luis³⁹ está todo mal con ellos... antes de eso no...

Male: antes vos tenías algunos amigos o amigas...

Nati: ...en realidad desde siempre que está todo mal con el Marques, pero desde ahí más todavía...

Male: lo que a mí me llama la atención es que por qué se generó más bronca con el Marques si después supieron que fue el mismo chico que fue con él quien le disparó.

Nati: y... porque si no hubiera sido por la bronca que se armó ese día (con el Marques) el Luis no hubiera ido para allá... (Nati, abril de 2011).

No todos deben cuidarse del mismo modo ya que no todos corren peligros de igual modo, ni todos "representan" por igual los honores del barrio y la familia. Pitt-Rivers (1968) plantea que el honor como sistema de valores se aplica de modos diversos según los grupos, la edad, el sexo, la clase, la ocupación, en los distintos contextos sociales en que encuentren los significados para éstos. Este "juego controlado", en tanto implica ciertos réditos para cada una de las partes, puede entenderse como una "colaboración práctica de los adversarios", según los términos de Wacquant:

"Así pues, lo que a los ojos del neófito podría parecer un derroche salvaje de brutalidad gratuita y desenfrenada es, de hecho, un lienzo regular y finamente codificado de intercambios que, aunque violentos, no dejan de estar constantemente controlados y cuya confección supone una colaboración práctica y constante de los dos adversarios en la construcción y mantenimiento de un equilibrio conflictivo dinámico" (Wacquant, 2007: 87).

Este conflictivo equilibrio implica intentar mantener la delgada tensión en la que se negocia con cada gesto, cada palabra, cada movimiento, el "merecido" honor, prestigio y el de familia o grupo familiar y de amigos. Este honor y prestigio, construido a costa

³⁷ Nati tenía al momento de la observación 24 años. Vivía con sus hijos pequeños (7 y 2 años) en una casita que había construido Yoni, hermano menor de Nati, y que ella ocupaba mientras éste cumplía condena en la cárcel.

³⁸ Moqueros: que cometen errores.

³⁹ Luis era hijo de Tatiano, quien a su vez es nieto de Don Villega. Tatiano cumple desde el año 2008 el rol de gestor político ante agentes del gobierno y demás políticos. Luis fue asesinado en noviembre de 2007 en un enfrentamiento entre chicos de la villa y chicos del Marqués. Esta situación reavivó la rivalidad que históricamente existía entre estos grupos provocando planificaciones de venganza en primos, hermanos y amigos de Luis. El día de la muerte de Luis todos hablaban de que su muerte había sido producida por un disparo que un chico del pueblito le había efectuado. Luego "se supo", según pericias policiales, que la bala habría provenido del arma que llevaba su propio compañero. Para un análisis de las reacciones de los familiares, allegados y amigos ver Bermúdez (2011).

de saber *andar en la calle*, saber enfrentar sin temor estos adversarios, saber moverse ganando popularidad, etc., se sostiene a través de una delgada línea que puede romperse en un instante, o puede bien fortalecerse en caso que la posición desfavorable quede para el otro.

Esto nos permiten observar cuáles son los modos con que los jóvenes se representan una provocación con apelación a la violencia en el marco de las relaciones que entablan en *la calle* y qué posición construyen para sí y para los otros en la respuesta a la misma. Podríamos preguntarnos entonces cuándo el sumirse a estas lógicas de intercambio y rivalidad son una opción dentro de otras, según las circunstancias y el tipo de “provecho” que se quiera sacar de éstas, y cuándo son el modo por excelencia de resolución ante disputas barriales, grupales y familiares. En el caso de aquellos jóvenes que se desenvuelven en un ámbito de relaciones centrado principalmente en las sociabilidades de *la calle*, encontrarán mayores oportunidades para que ese relativo equilibrio se rompa con mayor frecuencia y genere más vivencias de sufrimiento y desolación. Maco, uno de los hermanos mayores de Tali, da cuenta de esas trayectorias.

Maco enfrentando la vida y la calle...

No solía ser factible de distinguir si acaso cada vez que Maco tenía problemas con su pareja él tomaba alcohol hasta quedar tendido, o es que cada vez que él tomaba alcohol hasta quedar tendido tenía luego problemas con su pareja, quien como represalia se llevaba las hijas de ambos a la casa de su madre.

En casa de Bety, madre de Maco y de Tali, el aire se respiraba denso ya que una de estas escenas se repetía una vez más con Maco. Sus hermanas/os, cuñados/as, sobrinos/as y su madre se atenían a una posible reacción violenta por parte de Maco y sobre todo al lamento que éste vuelca sobre todo aquel que esté dispuesto a escucharlo.

Maco (ingresando al comedor con movimientos tambaleantes y gesto serio):
me voy a colgar con una cadena que tengo ahí. Ya no me importa nada...

Osvaldo: *si vos hacés eso sos un cobarde, si vos tanto decís que no le tenés miedo a nada, entonces tené los huevos para enfrentar esto.*

Maco: *si yo no soy cobarde, vos sabés que yo no soy cobarde. ¡He enfrentado la vida en la cárcel, no la voy a enfrentar en la calle!* (registro de campo, abril de 2007).

Cuando Maco se refiere a *enfrentar la calle* está refiriéndose a enfrentar la vida y sus avatares. Esto es así porque para Maco el espacio de sociabilidad en *la calle* ha sido el espacio por excelencia para construir su identidad, la imagen de sí que todos conocen. Ha sido el espacio donde ha sabido ganar reconocimiento y donde se ha enfrentado a distintas violencias que han forjado el carácter rudo que todos conocen de él. Él es uno de quienes ha hecho de *la calle* su carta de presentación y su principal espacio de vida. Por lo que ha sacado de ella muchas ventajas sociales pero también muchos sufrimientos.

Maco dedicó buena parte de su trayectoria a las actividades delictivas, lo que le valió años de cárcel y varios enfrentamientos con la policía, que tuvieron como saldo dos

balas que aún lleva en sus piernas, marcas en su piel y el sentimiento para siempre de que "la policía es un enemigo". Desde que nació la mayor de las hijas que tiene con Carina, Maco abandonó el *choreo* como práctica habitual para pasar a dedicarse al trabajo con el carro y los caballos haciendo *changas* y juntando materiales y cartones para la reventa. Este trabajo con el carro implica un roce con la ilegalidad y la continuación de algunos conflictos con la policía⁴⁰. Las destrezas que Maco aprendió en *la calle* mientras *choreaba* lo dotaron de la habilidad para saber negociar los materiales que conseguiría, los precios, los sitios donde vender y comprar y tal vez algún otro negocio que surgiera en el camino. Así, si bien ya no continuaba *choreando*, de algún modo *la calle* seguía siendo su mundo. Las transacciones que realizaban junto con su hermano Sebastián y con su amigo "el Flaco" se regulaban tanto por las reglas callejeras como por las normativas propias de los intercambios comerciales⁴¹.

Así, mientras Maco trabaja con el carro y el caballo puede hacer "favores" y organizar transacciones que siguen las vías de la ilegalidad. En una oportunidad en que estaban arreglando el carro, se acerca un hombre para hablar con Momo, uno de los amigos de Maco. Éste último se mostraba más interesado en ir a comprar unas cervezas que en arreglar un negocio con este hombre.

Hombre: *yo quiero arreglar con vos* (dirigiéndose a Maco). *El Maco siempre me consigue, con vos no puedo arreglar más nada* (sobre Momo).

Maco: *¿pero qué querés exactamente?*

Hombre: *un hierro de cuatro metros.*

Maco: *yo te lo consigo, pero más tarde, a la noche.*

Hombre: *¿de dónde vas a sacar?*

Maco: *y... por ahí, podemos sacar...* (señalando hacia zonas alejadas de la villa)

Hombre: *ahí hay mirá* (y señala hacia la Iglesia Católica que está a una cuadra)

Maco: *¡no, nosotros con la Iglesia no nos metemos! No, por allá hay uno que te puedo conseguir. No te preocupes, esta noche yo te lo tengo.*

El hombre se sube a su auto y se marcha (registro de campo, agosto de 2006).

Maco va construyendo su fama, su prestigio, negociando con las personas adecuadas y respetando códigos instaurados. Esto es, aclarando que él puede arreglar un negocio pero siguiendo ciertas reglas: con la Iglesia no se mete. Durante gran parte de su vida, Maco ocupó una posición de alta legitimidad y poder para con sus hermanas/os, sobrinos/as, primos/as. Esta legitimidad y esta posición de poder la construyó a partir de diversos factores. Por un lado su cuerpo alto, musculoso y con marcas que testimonian la vida en la piel lo colocaban como ícono del cuerpo que muchos jóvenes de la villa aspiran a mostrar. Por otro lado, la rudeza de su carácter lo hacía "intocable"

⁴⁰ En reiteradas oportunidades la policía le secuestraba caballos a Maco, o bien lo demoraban por encontrarlo circulando en el carro en lugares y momentos que la policía decía estaban prohibidos. Maco siguió recibiendo allanamientos en su domicilio, por acusaciones que le realizaban de objetos robados (algunas veces de hechos cometidos por sobrinos o parientes de Maco) o por denuncias que realizaba Carina de violencia familiar.

⁴¹ En esta línea, Kessler (2002a) encuentra en los jóvenes con los que trabajó cómo éstos hacen convivir la inserción en el mercado formal con el trabajo en el mundo delictivo, analizando cómo se constituyen en economías que pueden alternarse o considerarse modos igualmente legítimos de obtener ingresos.

en algún sentido. Maco era el típico “hombre de pocas palabras” pero al que “nadie se le anima”, ya que nunca se sabe cuándo y cómo puede reaccionar.

Para Maco, enfrentar la vida es enfrentar *la calle*, como dijo aquella noche de alcohol y tristeza. Ese sigue siendo el espacio donde él libra su batalla, prácticamente el único que conoce para salir airoso o derrotado. Luego de reiterados incidentes de peleas con su pareja, Maco cayó internado en el IPAD (instituto provincial para el alcoholismo y la drogadicción)⁴², que lo albergó a raíz de que el juez determinara que las denuncias que hiciera su pareja sobre maltrato familiar se debían al problema de Maco con las drogas y de ese modo evitaba terminar en la cárcel común de Bower. Por más que Maco gritara que él tiene las agallas para *enfrentar la calle*, muchas veces los avatares de ésta podían con él y caía rendido para luego volver a levantarse.

Cuando en *la calle* se juega la vida, en *la calle* puede perderse todo o ganarse todo. En la intensidad de los extremos es que Maco experimenta su mundo; un mundo compartido con otros, que así también lo entienden, pero donde es él quien, a diferencia de su hermano Tali, encarna la intensidad del “todo por el todo” que se juega en ese espacio de sociabilidad.

“Una vez más, el prestigio que es difícil ganar puede fácilmente perderse, de modo que un verdadero hombre está siempre alerta, constantemente preparado a ponerse a prueba, real y metafóricamente dispuesto a jugarse el todo por el todo a una tirada de dados” (Peristiany, 1968: 17).

Como vemos, *la calle* no sólo es mucho más que un espacio físico en el que moverse, circular, transitar; ni es sólo un conjunto de simbolizaciones y sentidos sobre ciertos espacios de interacción, de socialización; sino que comprende el espacio de sociabilidad y socialización por excelencia para muchos niños y jóvenes de la villa. *La calle* no es sólo riesgo, ni mucho menos implica algún sentido de “abandono”, como suele escucharse en muchos de quienes hablan de “los chicos de *la calle*”. *La calle* es ese mundo de vida tan importante para chicos y chicas porque en él también encuentran protección, encuentran amigos, compañía, solidaridad y diversión.

Esta construcción, uso y apropiación del espacio que se habita da cuenta de cómo la ciudad y sus barrios se configuran entonces como mucho más que una materialidad. Estas relaciones sociales y prácticas tejidas en el espacio urbano dan cuenta de los diversos modos de producción y apropiación de los lugares y de las demarcaciones sociales que lo constituyen (Alvez da Silva, 2009). En esas apropiaciones y redes de relaciones *la calle* aparece definida y construida a lo largo de trayectorias y devenires históricos que se redefinen y resignifican situacionalmente. Así, los jóvenes se forjan en dicho espacio insertando sus biografías en tramas simbólicas y físicas construidas por

⁴² El IPAD fue cerrado el 13 de junio de 2013 a raíz de un incendio que se produjo en el interior del mismo. La institución no cumplimentaba las mínimas condiciones requeridas para el tratamiento de personas con alcoholismo y drogadicción. La institución contaba con camas para alojar a 52 personas y se encontraban en el momento en que fue inspeccionado 74 personas. Así lo describe Natalia Lazzarini para la nota en el diario local Día a Día del 4 de diciembre de 2011: “El Ipad fue creado en la década de 1960 con el objetivo de desintoxicar alcoholizados. Los pacientes permanecían 15 días bajo tratamiento y luego regresaban a la casa. Pero hoy el instituto intenta contener a un público más amplio: adictos a múltiples sustancias (drogas, pastillas, alcohol, telas de araña, tubos fluorescentes, paco). Y además a todos aquellos que han cometido un delito, tienen un desorden psíquico y no encuentran contención en otro lugar”.

las generaciones anteriores, al mismo tiempo en que reinventan nuevos modos de ser y hacerse en dichos espacios y relaciones a partir de la confluencia de factores histórico-sociales particulares que marcan los tiempos de sus propias vidas.

Consideraciones finales. Tensiones y violencias en las sociabilidades en *la calle*

Estas *andadas* de las chicas y los chicos forman parte de sus modos estar en la villa, de reunirse, compartir las tardes, las noches y de andar por sus calles y sus alrededores. Estas *andadas* pueden presentarse con valores negativos o positivos según qué sentidos estén configurando la situación, y quiénes la definan.

Mientras los chicos y las chicas sean considerados *niños/as* para sus familias, hasta los 12 o 13 años, *la calle* constituye un espacio seguro y familiar para jugar en él y para adquirir destrezas fundamentales para moverse por la villa. Adquiere así las significaciones que DaMatta (1997) describe para "la casa", como lugar de resguardo, de lo conocido y familiar. Aquellas tempranas formas de apropiación del espacio por parte de los más chicos son entonces significadas como parte del *estar en la calle* en un sentido positivo y valorado; y suelen ser celebradas por padres y abuelos y mostradas con orgullos a otros. En la apropiación que hacen niños y jóvenes de algunos sectores y espacios de *la calle* ésta puede ser pensada desde la noción de "pedaço" de Magnani (2002), para entender cómo ciertos espacios adquieren una familiaridad y un resguardo mayor que el de *la casa*, pero son al mismo tiempo espacios compartidos con otros.

Cuando las chicas y los chicos crecen y superan los 12 o 13 años, comienzan las preocupaciones y temores en sus familiares respecto al rumbo que tomarán sus *andadas en la calle*. Éstos ya internalizaron, sin embargo, el gusto y el valor por todo lo que *la calle* les otorga: diversión, libertad, aventura, reconocimiento, masculinidad, feminidad y amigos. Que en una familia se apliquen o no se apliquen mecanismos de control, y con cuánta tenacidad se busque su eficacia, es lo que permite a las familias marcar diferenciaciones entre ellas; lo que a su vez puede acentuar jerarquizaciones ya existentes entre grupos familiares. Así, algunas familias van adquiriendo *fama* de tener sus hijos siempre en *la calle*, o que siempre *andan...*, o que suelen estar internados en un Instituto de Menores. Para quienes realizan estas acusaciones y señalamientos es también una oportunidad de ganar mayor status y prestigio (Campbell, 1969).

Los distintos modos de *estar en la calle* para chicos y chicas son entonces una continuidad de aquellas experiencias de la infancia en las que también sus posibilidades de devenir "verdaderos hombres" y "verdaderas mujeres" dependían de sus destrezas para *andar*. En el caso de los varones, a través de mostrarse sin temores, osados y desafiantes; y para las chicas, a través de desarrollar diversas estrategias que garantizarán las *andadas* sin por ello perder en reputación propia y familiar.

Esta inversión de sentidos sobre las *andadas* se produce de modos divergentes y en distintos momentos para las distintas generaciones. Lo que termina resultando en una convivencia compleja y conflictiva de sentidos respecto a dichas *andadas*. Mientras los adultos comienzan a sancionar moralmente dichas prácticas (ya que se juegan en ellas no sólo sus reputaciones como padres sino los honores familiares), para los jóvenes estos modos de *ambientar* adquieren progresivamente mayor legitimidad y valor en tanto

a través de ellos negocian posiciones de prestigio al interior de sus grupos, y adquieren capitales de seducción en las interacciones amorosas y de noviazgo.

Esta conflictiva, más que hablar de contradicción, muestra cómo el eje articulador de los significados que dan sentido a las socializaciones y sociabilidades de los jóvenes pasa más por el “entre” que constituyen los espacios, no sólo físicos, sino simbólicos y sociales, que por divisiones discretas y dicotómicas. Más bien se trata de apropiaciones y circulaciones por espacios que muestran un conjunto de valoraciones morales situacionalmente compartidas (Balbi, 2007), pero sobre todo variables y dinámicas según grupos de edad, género y familias. *La calle* entonces, se construye cotidianamente como un espacio principalmente simbólico, construido por sentidos sobre experiencias pasadas, sobre relaciones y sobre formas de usar *la calle*. Para muchos chicos *la calle* ha sido y es el espacio de socialización por excelencia. En Villa El Nílon los ámbitos simbólicos y morales del delito, las drogas, *la junta* y *la calle* conviven y se superponen con aquellos de la casa, la escuela, la familia y los hijos.

Andar en la calle simboliza la posibilidad de usar libremente el espacio, apropiarse de él y de las relaciones sociales que allí construyen. Así como DaMatta (1997) plantea para el contexto brasileño, en el caso de los jóvenes de la villa sus prácticas muestran esta dinámica de oposiciones relativas entre “*la calle*” y “la casa”, donde muchas veces ciertos espacios de *la calle* pueden ser apropiados por algunos grupos y adquirir así una familiaridad y un resguardo mayor que el de “la casa” (Magnani, 2002). El modo de habitar y construir ese “entre” se da principalmente cuando los chicos y chicas se posicionan identitariamente y realizan prácticas que no pueden caracterizarse como claramente pertenecientes a un espacio o a otro (la casa y la calle), sino que se muestran adhiriendo al mismo tiempo a prácticas y valores de uno y otro al mismo tiempo. Asimismo, esto también se observa cuando ese proceso de comenzar a habitar de otro modo los pasillos y callejuelas de la villa con otros chicos y chicas (cuando las travesuras de los niños/as devienen en *andadas* de los jóvenes) se hace a través de habitar esos espacios que se sitúan justamente en el “entre” *la casa y la calle*, como son los espacios frente a la puerta de una casa, en el “patio” de una casa que se comparte con la casa de al lado, en la canchita que formalmente es terreno fiscal del Estado, pero que es vivenciada y sentida como parte de la villa.

A su vez, la configuración de *la calle* como espacio central en estas construcciones identitarias y en las prácticas de sociabilidades que los jóvenes sostienen allí no puede ser comprendida sin considerar el lugar que juega en dicho proceso la articulación entre las violencias más estructurales que experimentan estos jóvenes (expresadas en diversas formas de violencias institucionales, y en la agudización de la exclusión) con las distintas formas de expresión de violencias interpersonales, algunas de las cuales puede llevar a situaciones de autodestrucción (Bourgois, 2010). Proceso que, como vimos aquí, se encuentra estrechamente ligado las modificaciones que sufren a su vez otras instituciones como las educativas y los ámbitos laborales, llevando a que se debiliten espacios que tradicionalmente garantizaban ciertos derechos (sociales y culturales sobre todo), por sobre la mayor fuerza que van ganando agentes que operan desde la represión y el control (y la anulación de aquellos derechos).

De este modo, las características que vayan asumiendo las trayectorias de estos jóvenes estarán así en relación a cómo diversos agentes, instituciones, vínculos más o menos cercanos van configurando la trama de relaciones en las que pueden devenir estas vidas. Vidas que se significan y por tanto se construyen desde la minalidad. Liminalidad que no habla del pasaje por etapas claras y delimitadas, sino que, como bien Tali y Maco mostraban en las vicisitudes de sus vidas, las adscripciones identitarias se van forjando en los intersticios que se hallan entre los mundos morales construidos comunitaria y familiarmente, así como por las lógicas que rigen las relaciones entre pares.

En las ambigüedades de estos pasajes, en los "entre" un sentido de *la calle* a otro, un espacio a otro, niños/as y jóvenes encuentran un lugar para modificar y producir nuevas apropiaciones de los espacios que habitan y nuevas significaciones sobre lo que es "ser joven en la villa". A partir de analizar estos modos de significar las distintas espacialidades en que se vinculan con otros jóvenes y otros actores, accedo a comprender cómo significan las violencias asociadas a las *andadas*, y cómo a través de los prestigios y reputaciones familiares, grupales y comunitarios devienen jóvenes de la villa.

Bibliografía

Auyero, J.: *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*, Universidad Nacional de Quilmes: Buenos Aires, 2004.

Balbi, F.: *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*, Antropofagia: Buenos Aires, 2007.

Bermúdez, N.: *Y los muertos no mueren... una etnografía sobre clasificaciones, valores morales y prácticas en torno a muertes violentas (Córdoba, Argentina)*, Editorial Académica Española: Alemania, 2011.

Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: "Introducción", 7-23, en: Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: *Merodear la ciudad: Miradas antropológicas sobre espacio urbano e inseguridad en Córdoba*, IDACOR: Córdoba, 2014.

Boito, M. E., Sorribas P. y Espoz, M. B.: "Pensar los des-bordes mediáticos del conflicto: las ciudades-barrios como síntoma de la actual tendencia urbana de socio-segregación", *Papeles del CEIC*, N° 81, 2012.

Bourdieu, P.: *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama: Barcelona, 1997.

Bourdieu, P.: *El sentido práctico*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007.

Bourgois, P.: *En busca de respeto. Vendiendo crack en El Barrio*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2010.

Burgat, F.: "La logique de la légitimation de la violence: animalité vs humanité", en: Héritier, F.: *Séminaire de Françoise Héritier: De la Violence*, Ed. Odile Jacob: Paris, 1996 (Trad.: Christian Gebauer).

Butler, J.: *Vida Precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós: Buenos Aires, 2006.

Campbell, J. K.: "El honor y el diablo", en: Peristiany, J. G.: *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Labor: Barcelona, 1969.

DaMatta, R.: *A casa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*, Rocco: Brasil, 1997.

Di Leo, P. F. y Camarotti, A. C.: "Quiero escribir mi historia". *Vidas de jóvenes en barrios populares*, Biblos: Buenos Aires, 2013.

Douglas, M.: *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Nueva Visión: Buenos Aires, 2007 [1966].

Elías, N. y Scotson, J.: *Logiques de l'exclusion. Enquête sociologique au coeur des problèmes d'une communauté*, Fayard: Paris, 2001.

Epele, M.: *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*, Paidós: Buenos Aires, 2010.

- Evans-Pritchard, E. E.: *Brujería, Magia y Oráculos entre los azande*, Anagrama: Barcelona, 1976, [1937].
- Garriga Zucal, J.: *Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad de una hinchada de fútbol*, Prometeo: Buenos Aires, 2010.
- Garriga Zucal, J.: “Prólogo”, en: Godio, M. y Uliana, S.: *Fútbol y sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales*, Universidad Nacional Tres de Febrero: Buenos Aires, 2011.
- Goffman, E.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu: Buenos Aires, 2006.
- Hall, S.: “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”, en: Hall, S. y du Gay, P.: *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu: Buenos Aires, 2003.
- Hathazy, P.: “Inseguridades interpeladas: políticas contra el crimen y ciudadanías en la Córdoba neoliberal”, en: Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: *Merodear la ciudad: Miradas antropológicas sobre espacio urbano e inseguridad en Córdoba*, IDACOR: Córdoba, 2014.
- Héritier, F.: “Reflexiones para alimentar la reflexión”, en: Héritier, F.: *Séminaire de Françoise Héritier: De la Violence*, Ed. Odile Jacob: Paris, 1996 (Trad. Christian Gebauer).
- Kessler, G.: “De Proveedores, Amigos, Vecinos y ‘Barderos’: Acerca de Trabajo, Delito y sociabilidad en Jóvenes del Gran Buenos Aires”, en: Gayol, S. y Kessler, G.: *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los ‘90*, Biblos: Buenos Aires, 2002a.
- Kessler, G.: *Sociología del delito amateur*, Paidós: Buenos Aires, 2002b.
- Lenoir, R.: “Objeto sociológico y problema social”, en: Champagne P., Lenoir R., Merllié D., Pinto, L.: *Iniciación a la práctica sociológica*, Siglo XXI: México y España, 1993.
- Levi, G. y Schmit, J-C.: “Introducción”, en: Levi, G. y Schmit, J-C.: *Historia de los jóvenes, Vol. 1*, Madrid: Taurus, 1996.
- Margulis, M. y Urresti, M.: “La juventud es más que una palabra”, en: Margulis, M.: *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Biblos: Buenos Aires, 2008.
- Míguez, D.: *Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*, Biblos: Buenos Aires, 2008.
- Míguez, D.: *Los pibes chorros. Estigma y marginación*, Capital Intelectual: Buenos Aires, 2004.
- Peristiany, J. G.: *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*, Labor: Barcelona, 1968.
- Pitt-Rivers, J.: “Honor y categoría social”, en: Peristiany, J. G.: *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*, Laborsa: Barcelona, 1968.
- Previtali, M. E.: “Legitimidades en las violencias. Enfrentamientos, bailes y policías en jóvenes de villa el nailon, Córdoba”, *Revista Interferencia*, N° 2, 2012, 39-48.
- Previtali, M. E.: “Ambientar en el barrio... configuraciones espaciales y prácticas de sociabilidad en jóvenes de la ciudad de Córdoba”, en: Bermúdez, N. y Previtali, M. E.: *Merodear la ciudad: Miradas antropológicas sobre espacio urbano e inseguridad en Córdoba*, IDACOR: Córdoba, 2014.
- Ramírez, R.: “El barrio, la Iglesia y la escuela: instituciones donde los jóvenes construyen sus biografías”, en: Di Leo, Pablo Francisco y Camarotti, Ana Clara: *“Quiero escribir mi historia”. Vidas de jóvenes en barrios populares*, Biblos: Buenos Aires, 2013.
- Restrepo, E.: *Teorías contemporáneas de la etnicidad. Stuart Hall y Michel Foucault*, Universidad del Cauca: Colombia, 2004.
- Rifiotis, T. y Vieira, D.: *Um olhar antropológico sobre violência e justiça. Etnografías, ensaios e estudos de narrativas*, editora ufsc: Florianópolis, 2012.
- Riveira Beiras, I.: “Presentación”, en: De Giorgi, A.: *Tolerancia Cero, Estrategias y prácticas de la sociedad de control*, Virus: Barcelona, 2005.
- Rodríguez Alzueta, E.: *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*, Futuro anterior: Buenos Aires, 2014.
- Rossini, G.: “Vagos, pibes chorros y transformaciones de la sociabilidad en tres barrios periféricos de una ciudad entrerriana”, en: Isla, A. y Míguez, D.: *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Ed. de las ciencias: Buenos Aires, 2003.
- Saintout, F.: *Jóvenes: el futuro llegó hace rato. Percepciones de un tiempo de cambios: familia, escuela, trabajo y política*, Prometeo: Buenos Aires, 2009.
- Sen, A.: *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Katz: Buenos Aires, 2007.

María Elena Previtali, “Hacerse jóvenes andando...”

Svampa, M.: *Desde abajo: la transformación de las identidades sociales*, UNGS: Buenos Aires, 2000.

Tambiah, S.: “Conflicto etnonacionalista e violência colectiva no sul da Asia”, *Revista brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 12, N° 34, 1997, 5-25.

Tiscornia, S.: “Nuestra cultura de la violencia”, en: *El caminante, cuaderno 2: Violencia institucional. Los muertos que vos matais*, Buenos Aires, 1996.

Tiscornia, S. y Pita, M. V.: *Derechos humanos, tribunales y policías en Argentina y Brasil. Estudios de antropología jurídica*, Antropofagia: Buenos Aires, 2005.

Turner, V.: *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Taurus: Madrid, 1988 [1969].

Turner, V.: “Entre lo uno y lo otro: el período liminar en los ‘rites de passage’”, en: Turner, V.: *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*, Siglo XXI: Madrid, 1999 [1980].

Wacquant, L.: *Las cárceles de la miseria*, Manantial: Buenos Aires, 2004.

Wacquant, L.: *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007.